

EL MUNDO

Jueves, 7 de abril de 2005. Año XVII. Número: 5.595.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

A Juan Pablo II nunca le arrebataron su alma

JOSE MARIA AZNAR

Durante los últimos meses he pensado muchas veces en el papa Juan Pablo II y en la relación que he tenido la fortuna de mantener con él. Estaba preparando un libro de retratos de personas a las que he conocido y, por supuesto, uno de esos retratos tiene como protagonista al Santo Padre. Ello me ha permitido recordar nuestras conversaciones, que guardo como uno de los mejores recuerdos de mi etapa como gobernante.

Juan Pablo II ha sido un hombre que ha dejado huella. No hay muchos personajes en la Historia de quienes se puede decir que su obra pervivirá. El papa Juan Pablo II es sin duda uno de ellos.

Tuve la fortuna inmensa de poder encontrarme con él en bastantes ocasiones. La primera vez que el Papa me recibió en audiencia fue en un ya lejano 1987, cuando era presidente de Castilla y León. Fui con mi mujer. Recuerdo que ella estaba embarazada entonces de nuestro hijo pequeño y que el Papa le dio su bendición.

La última vez que vi personalmente a Juan Pablo II fue en enero de 2004. En aquel momento era presidente del Gobierno y quise despedirme personalmente de él puesto que iba a abandonar voluntariamente la política activa dos meses más tarde. Fue un momento particularmente emocionante. El Papa me recibió junto con mi familia. Y bendijo a mi hija, que entonces estaba embarazada de mi primer nieto. También tuvo el gesto especial de leer unas breves notas manuscritas expresando unas cariñosas opiniones sobre mi actividad en España.

Cada encuentro con Juan Pablo II fue para mí inolvidable. Y fructífero. Tenía la gran virtud de enseñar con cada gesto algo consustancial a su misión evangélica. Pero uno sentía también que ahí estaba un hombre abierto a lo que pasaba, atento, deseando escuchar y aprender.

Recuerdo con especial cariño su última visita a España, en mayo de 2003. Ya era un hombre abrumado por el sufrimiento. Pero transmitía esperanza y alegría. Así fue en sus apariciones públicas. Sabía conectar especialmente con

los jóvenes. Y de su sufrimiento sabía extraer consuelo y esperanza para quienes lo necesitaban.

A lo largo de mi vida política he tenido la ocasión de encontrarme con muchos líderes mundiales. Sin lugar a dudas el mayor de todos ellos ha sido Juan Pablo II. Todos, creyentes y no creyentes, católicos y no católicos, lo vamos a echar en falta. Porque su obra ha tenido una trascendencia histórica innegable.

Destacaré unas pocas cualidades de Juan Pablo II.

En primer lugar, Juan Pablo II era una persona de fe. Creía profundamente en la palabra revelada y en su misión apostólica. Creía en Jesucristo. Era un hombre de oración. Creía en Dios y creía que Dios ha creado a cada persona con una dignidad innata que nada ni nadie puede destruir. La dignidad de cada persona es esencial, innegociable, universal.

Por eso Juan Pablo II defendió siempre la necesidad de mantener principios morales en nuestras vidas, en cualquier tiempo, lugar y circunstancia. El pensaba que la mayor amenaza a las sociedades de hoy no viene de quienes quieren destruirlas, sino de la pérdida de unos valores que, siendo cristianos, son valores universales. Por eso defendió siempre la santidad de la vida. Juan Pablo II ha sido sobre todo un defensor de la vida, frente al relativismo moral. Él creía que no todo es legítimo cuando hablamos de clonación, de investigación con células madre, de ingeniería genética, de la eutanasia o del aborto. Creía tanto en la libertad como en la responsabilidad de cada hombre sobre sus propios actos. Por eso el mensaje de Juan Pablo II no le resulta cómodo a muchos.

En segundo lugar, destacaría que Juan Pablo II ha sido mucho más que un Papa para los católicos. Juan Pablo II ha sido un campeón de la libertad. La Historia desvelará en toda su grandeza el papel que desempeñó para poner fin a la opresión que millones de personas sufrían en los países comunistas. No creo que el mundo de hoy se pueda explicar sin la contribución a la causa de la libertad de personas como Ronald Reagan, Margaret Thatcher, Andrei Sajarov, Vaclav Havel o Lech Walesa. Y sobre todo de Juan Pablo II. Hace pocos meses Bronislaw Geremek -uno de aquellos heroicos resistentes polacos, hoy eurodiputado- pronunció una conferencia en Faes, la fundación que presido. Recordó el efecto galvanizador que para los polacos tuvo la primera visita de Juan Pablo II a su país natal. El público, mayoritariamente universitario, acabó emocionándose al oír el testimonio de uno de aquellos hombres a los que el Papa les pidió que no tuvieran miedo, y no lo tuvieron.

Había nacido en un pequeño pueblo de Polonia en 1920. Eso significa que le tocó vivir en primera persona el sufrimiento y los horrores que causaron el nacionalsocialismo y el comunismo. Recuerdo un comentario que me hizo una vez. Me dijo: «Lo peor del comunismo es que quiere arrebatarte tu alma». A él

nunca se la arrebataron. Fue su determinación frente al totalitarismo comunista y el viento de libertad que llevó a su patria lo que motivaron que algunos quisieran asesinarlo en 1981. Una trama orquestada por el KGB soviético, planeada por los servicios secretos de la Bulgaria comunista y ejecutada por un pistolero turco intentó acabar con su vida. Por fortuna toda esa conjura perversa falló. Hirieron al Papa y resquebrajaron su salud. Pero su testimonio y su fe en la libertad y la dignidad de la persona cambiaron la Historia de Europa.

Por último, me gustaría destacar que Juan Pablo II fue un Papa vanguardista. Ha sido el Papa que ha estado presente en todo el mundo. Que ha recorrido hasta el final todos los caminos. Que ha utilizado los más modernos medios de comunicación para transmitir un mensaje eterno, de siempre. Que se ha acercado a los jóvenes, a los que sufren, a los ancianos y a todos les ha recordado su dignidad de personas y la responsabilidad que conlleva la libertad humana.

Su última lección, quizá la más profunda, nos la ha dado con su agonía. En un mundo en el que se habla cada vez más de llevar a la muerte a los mayores y a los inválidos nos ha recordado que el sacrificio y el sufrimiento no hacen al hombre menos digno de vivir plenamente. Nos ha recordado que la muerte es inseparable la vida. Pero que, para los creyentes, la esperanza en otra vida perdurable está por encima de todo.

Fue un líder, un gran líder. Todos nos sentimos un poco huérfanos con la desaparición física de Juan Pablo II. Pero nos consuela saber que su obra pervive y que el presente sería peor sin el mensaje de esperanza, de fe y de caridad que nos dio durante toda su vida.

José María Aznar fue presidente del Gobierno de España.

© Mundinteractivos, S.A.